

1

Elliot North corría por el prado dejando una cicatriz verde en la plateada hierba, cuajada de rocío. Jef la seguía, tropezándose de vez en cuando a causa del tamaño de sus zapatos, demasiado grandes para sus pies.

—¿Estás seguro de que tu madre dijo el campo suroeste?
—gritó Elliot.

—Sí, señorita —jadeó él.

Elliot aceleró confiando en llegar a tiempo para salvar al menos parte de la cosecha, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde incluso antes de ver la afligida mirada en el rostro de Dee la capataz.

—Se ha perdido todo —dijo acercándose a Elliot—. Lo siento mucho.

Elliot se derrumbó en el suelo, y la áspera gravilla de la carretera le raspó las palmas de las manos. Arañó la tierra con las uñas. Todo su trabajo se había ido al garete.

Jef llegó corriendo tras ellas y se agarró al dobladillo de la falda gris de su madre. La mujer se tambaleó un poco, perdiendo el equilibrio a causa de su barriga redondeada por el embarazo. Elliot se fijó entonces en las siluetas de su padre y de Tatiana, que se encontraban al final de la carretera, en el extremo del campo, observando trabajar a los reducidos.

—Ha traído a cincuenta trabajadores esta mañana a primera hora —comentó Dee al darse cuenta de lo que estaba mirando.

No le extrañaba nada. Diez o veinte no habrían conseguido terminar el trabajo antes de que Elliot se hubiera enterado. Si no se hubiera encerrado en el granero... Si hubiera desayunado con su familia... Entonces habría podido disuadirle. Elliot respiró hondo y se enderezó, relajando los puños a ambos lados de su cuerpo. No podía permitir que su familia adivinara la magnitud de los daños, pero necesitaba respuestas.

Mientras se acercaba, Tatiana se volvió alertada por el sonido de las botas sobre la gravilla. Cómo no, su hermana llevaba unos zapatos elegantes a juego con su vestido, y a pesar de que no hacía sol, giró sobre su cabeza una sombrilla color rosa pastel, con tonos más oscuros en el borde. En sus dieciocho años de vida, Elliot nunca había visto a su hermana mayor con ropa de trabajo; lo más parecido que se había puesto nunca había sido un traje de montar.

—¡Hola Elliot! —canturreó, aunque su expresión era taimada—. ¿Has venido a ver el nuevo hipódromo?

Elliot la ignoró y se dirigió a su padre.

—¿Qué está pasando aquí?

Sólo entonces se volvió el barón, pero su semblante plácido no dejó entrever nada.

—Ah, Elliot. Me alegro de verte. Deberías tener una charla con esa capataz. —Hizo un gesto vago en dirección a Dee—. Tardó unos diez minutos en traer a los trabajadores esta mañana. ¿No está demasiado avanzado su embarazo como para que nos sea de alguna utilidad?

Elliot observó cómo las últimas gavillas verde-oro quedaban aplastadas bajo los pies de los reducidos y sus arados. La mayoría de los trabajadores habían empezado a rastrillar los restos de la matanza, y el campo había recuperado ese tono marrón apagado que resultaba tan inútil. La culminación de dos años de trabajo, destruida.

—Padre —empezó a decir intentando que no le temblara la voz. Tenía que abordar el asunto como si se tratara de cualquier

otro campo—, ¿qué ha hecho? Este campo estaba casi listo para la cosecha.

—¿De veras? —Su padre arqueó una ceja—. Los tallos parecían excesivamente cortos. Claro que no tengo la misma mano que tú con el trigo. —Se rió entre dientes, como si la mera idea le resultase absurda—. Y además, este campo era la mejor opción para el hipódromo. Vamos a construir el pabellón cerca del arroyo.

Elliot abrió la boca para responder, pero cambió de opinión al instante. ¿De qué serviría? La cosecha había sido destruida, y por mucho que intentara demostrar que era una locura, nada haría que su padre se replanteara sus acciones antes de repetirlas. Podía señalarle el porcentaje de la cosecha que había perdido, y lo que eso significaría en términos económicos y de mercado, o el número de reducidos que pasarían hambre aquel invierno a menos que importara parte del grano de sus vecinos. Podía decirle cuán cerca estaban ellos mismos de pasar hambre debido a su falta de consideración hacia la granja. Incluso podía decirle la verdad: que el trigo que los arados acababan de soterrar valía más grano que la mayoría de los campos de aquel tamaño. Era el trigo especial de Elliot.

Era trigo importante.

Por supuesto, aquella confesión acarrearía consecuencias aún peores.

Así que, como siempre, se tragó el grito que se le solidificaba en la garganta y adoptó un tono ligero. Servicial. Obediente.

—¿Hay algún otro campo sembrado que vaya a necesitar antes de la cosecha? —preguntó.

—Y si los hay, ¿qué? —interrumpió Tatiana.

—Que me gustaría asegurarme de que no sufrís más retrasos —dijo Elliot con suavidad—. Puedo organizar a los trabajadores muy rápidamente.

—También puede hacerlo padre, y yo—dijo Tatiana—. ¿O te crees que tienes una mano especial con los reducidos?

El simple hecho de que a ella los reducidos la conocían y a Tatiana no la hacía mucho más apta para la labor. Pero no po-

día decir algo así, ya que sólo serviría para crear más problemas de los que ya tenía.

—Me gustaría hacer que resultase más conveniente para...
—respondió.

—Bien —dijo el barón North—. Este campo será suficiente para mis necesidades. Fue el único que me pareció... —Le dio una patada a un tallo solitario—... problemático.

Después se volvió hacia su hija mayor y empezó a señalar con su bastón para ilustrar los límites del hipódromo que tenía en mente. Mientras su padre se alejaba, Elliot calculó rápidamente la cantidad de mano de obra y de dinero que necesitaría para llevar a cabo el proyecto. No tendrían grano que vender aquel otoño y apenas dispondrían del dinero suficiente para comprar lo que necesitaran para sobrevivir al invierno, pero su padre no lo veía así: él se merecía un hipódromo más de lo que sus trabajadores reducidos merecían comer.

Elliot se metió en el campo deslizándose entre los travesaños de la cerca de madera. La tierra húmeda, recién revuelta, se hundía bajo los tacones de sus botas; aquí y allá, en el mortecino polvo, pudo ver motas de oro.

—Lo siento mucho, Elliot —murmuró Dee al acercarse a ella—. Estaban creciendo muy bien.

—No había nada que pudieras hacer. —Aunque habló con voz apagada, estaba diciendo la verdad. Cualquier retraso provocado por la capataz habría servido para despertar la ira de su padre y su necesidad de castigarla.

—¿Qué ha dicho tu pa... qué ha dicho el barón sobre mí?
—Los ojos de Dee rebosaban preocupación—. Sé que...

—No te va a mandar a la casa de maternidad. —Seguramente su padre ya se habría olvidado de la existencia post. Para él, Dee no era más que una herramienta que podía utilizar para dirigir a los trabajadores reducidos... o para castigar a Elliot.

—Porque no habría nadie que cuidase de Jef si...

—No le des más vueltas. —Elliot lanzó una mirada al vientre de la mujer—. Tienes otras cosas en la cabeza.

—Yo tendré que apañármelas para alimentar dos bocas este invierno —respondió la capataz—. Pero tu mirada me dice que tú estás preocupada por un centenar.

—No es que me preocupe. Estoy decepcionada porque mi proyecto se retrasará un año más, pero... —Su frágil sonrisa se quebró. ¡Un año más! Otro año más de racionamiento, otro año sin fiesta de la cosecha, viendo adelgazar y enfermar a los niños reducidos a medida que el frío arreciara; aguantando las miradas acusadoras de los pocos post que quedaban en la propiedad mientras luchaba por distribuir equitativamente cada saco de grano. Aquel campo podría haberlos salvado.

—¿De verdad están tan mal las cosas? —La voz de Dee llenó el espacio que Elliot había abandonado al silencio.

—¿Y qué harías si fuese así? —preguntó a su vez.

Si ella se encontrase en la situación de la mujer cogería a Jef y se marcharía adondequiera que Thom, el compañero de Dee, se hubiese ido cuando los malos tiempos habían hecho que muchos de los post abandonaran la hacienda North.

Legalmente, los post-reduccionistas todavía conservaban la condición humilde de sus antepasados reducidos y estaban vinculados a la hacienda en la que habían nacido. Pero ese sistema se había ido desmoronando en los últimos tiempos. No había forma alguna de controlar los movimientos de los post que deseaban dejar las haciendas donde habían nacido. Ni de parar a los luditas ricos que atraían a los más cualificados prometiéndoles mejores condiciones, dejando a sus vecinos sin trabajadores. Elliot presenciaba, impotente, cómo la hacienda de los North se iba quedando sin mano de obra cualificada año tras año. Pero, ¿cómo iba a reprocharles que aprovecharan la ocasión de buscar oportunidades en otro sitio, oportunidades que su padre jamás les ofrecería? Incluso existían comunidades enteras donde, según Elliot había oído, los post

vivían libres. Pero, allí en el norte, los únicos post «libres» que Elliot había visto eran mendigos desesperados por encontrar trabajo o comida.

Le preocupaba que fuera eso lo que le hubiera pasado a Thom. Le preocupaba que fuera eso lo que le hubiera pasado... a todo el que se había marchado.

—Encontraría una manera de ayudarte —dijo Dee—. Al igual que tú siempre has ayudado a todo el mundo aquí.

—Sí. He sido buena ayudándolos... —repuso Elliot con pesar. Sabía que Dee veía a Thom de vez en cuando —su embarazo lo confirmaba—, pero la mujer nunca le había dicho dónde pasaba Thom la mayor parte del tiempo. Dee ni siquiera se fiaba de ella lo suficiente como para contarle eso, aunque tiempo atrás Elliot hubiera compartido con ella que tenía el corazón roto.

Elliot no podía permitirse que ningún otro post se marchara de la hacienda. Ya se encontraba bastante sola.

Dee hizo un gesto en dirección al campo.

—Sé que no habrías hecho esto si la situación no hubiese sido desesperada.

Eso era evidente. Después de todo, Elliot era una ludita y, aunque lo que había hecho no iba contra los protocolos en sentido estricto, se encontraba como mínimo en terreno dudoso. Miró en dirección al campo destrozado. Tal vez se tratase de una advertencia divina. Tal vez todo aquello del experimento fuese un error. Después de todo, si su padre sospechaba la verdad, Elliot podía considerarse afortunada de que se hubiese limitado a soterrar el trigo a golpe de arado.

Siempre era difícil de decir con Zachariah North; su padre era capaz de hacer por pereza y por capricho lo que ciertos hombres harían como un acto de crueldad deliberada. Los comentarios del barón habían sido lo suficientemente ambiguos como para asustarla, otro de sus muchos talentos.

—Ya encontrarás la solución —dijo Dee—. No te vengas abajo por este revés. Especialmente cuando tu meta es tan... elevada.

El titubeo de la post lo decía todo. La meta de Elliot era elevada, ciertamente; abarcaba un terreno que los luditas habían abandonado hacía tiempo. Lo que perseguía era nada menos que un milagro.